

datos aritméticos sobre este sembrador de cosas nuevas. De ellos surgen consecuencias terribles. Paúl Adam es un trabajador infatigable. Su labor asusta. Trabaja á todas horas. Escribe sobre los temas más diversos. Su juicio crítico no es, por cierto, pedestre. Sarcey nada tiene que ver con sus doctrinas. Habla siempre desde la cátedra con lenguaje puro y con ideas muy altas. Su curiosidad literaria se ha introducido en todos los rincones de la vida. Pero sus trabajos de hace diez años no se parecen en nada á los de ahora... El escritor exquisito, el esteta oscarwilde de la frase, que odiaba la política por ser una «industria comercial de hombres sin alma» y «tabla salvadora de las inteligencias que naufragan», el pulcro orfebre de la frase marmórea, el artista de Bizancio, de Basilio y Sofia, en fin, se ha transformado en uno de los tantos escritores políticos y periodistas literarios que sobran en París.

Rémy de Gourmont despertóme el deseo de visitar á Paúl Adam. Recluido en su torre de marfil, Adam no frecuenta círculos intelectuales. No tiene camarillas. Anda solo... Esto lo dignifica. Porque si bien á veces su pluma toca asuntos de importancia mezquina, nunca jamás ha dicho nada que sea sugestión de almas ajenas. Se apoya siempre en su propio criterio... Psicólogo sincero de las multitudes, fueron muchas las veces que tuvo que ofenderlas. Ellas rugieron en su contra. Pero él, siempre altivo, siempre solo, sostuvo sus ideas con sus brazos. Y pasó...

—No deje usted de verlo—decíame Gourmont—. Paúl Adam es un espectáculo magnífico...

Y vi que era verdad. Desde su obra literaria hasta su vida privada, Paúl Adam presenta á los ojos del mundo un magnífico espectáculo de color

y de luz. Aristócrata por su sangre y por sus gustos, si hablara en español sería un Quijote. Sus ademanes nerviosos, pero suaves, y sus palabras lentas, pero hondas, despliegan un escenario pintoresco de teorías extrañas. Es de los pocos escritores contemporáneos cuya personalidad física vibra tal cual es en sus obras... Escribe como habla. Piensa como escribe. El campo lo atrae. Sus placeres bucólicos son los únicos que le impregnan el ánimo de fe. Pero no. Los únicos, no. He dicho mal. Hay otra cosa que le da inspiración y fe. Oíd lo que nos cuenta:

«El campo, con sus árboles, con sus pastos, con sus yuyos, con sus flores, con sus bestias, es el consuelo celestial con que endulzo la melancolía que me causan los hombres. Sin embargo, por encima de estos deleites, hay otra cosa que me hace más bendita la vida y á quien le debo mis mejores obras. ¿Sabéis qué es? Mi mujer...»

Y no creáis que la compañera de Paúl Adam le ayude á escribir ó á pensar sus dramas, como la esposa de Rostand. Al contrario... Vosotros los que suponéis que un escritor para hacer buenas frases debe vivir siempre solo, solito, sin más pan de amor que el amor vagabundo y sin más hogar que el hogar del café, seguid oyendo lo que dice Adam:

«Mi mujer no es escritora. Apenas sabe escribir. Su ortografía no pasa más allá de la que posee nuestra lavandera. Por ello ha sido por lo que á su lado, en el contacto de su ternura honesta, bajo sus besos infantiles, he aprendido verdades muy hermosas y he creado mi más sanas novelas carnales, en las que describo—para moralizar—pecados y vicios... El contraste es fecundo... La cándida alegría de mi mujer, haciendo tintinear sus cascabeles en torno de mi mesa, ha sido el mejor acicate de mis bríos...»

¿Os basta? Son palabras jugosas. Ejemplares. La esposa de Adam se llama María Meyer. Diez años llevan de casados sin que el divorcio haya aparecido nunca en medio de los dos. Cosa rara en París... ¿Verdad, Pierrot? Sí, Colombina.

Para juzgar con una sola frase irónica la personalidad de Paúl Adam, alguien ha dicho que es sólo un *periodista de talento*. Es posible. Mas no es esa toda la verdad. En Adam el novelista vive separado del crítico literario, y el crítico no se junta con el periodista. Su espíritu se ramifica. Se abre... He tenido la cristiana paciencia de leer muy cerca de veinte obras y algunos centenares de artículos de Adam. Si bien en esa monumental aglomeración de columnas macizas me perdí muchas veces como un niño, no dejé de encontrar en todas ellas el bordado paciente del artista, del escultor y del esteta. En el más insignificante de sus artículos políticos, siempre una bella frase ó una reflexión inesperada disminuyen el mal olor de las ideas electorales que el futuro diputado defiende...

—Este vigoroso Adam tiene médula de sabio y alas de artista—dice Darío.

Así es. Sólo que á veces las alas, en su afán de volar mucho, van hasta los albañiles. Y esto es lo que ha hecho últimamente Paúl Adam. Los diarios de Francia se han llenado con artículos suyos. Hablaba en ellos de un patriotismo singular, debajo de cuya corteza se descubría el triste amor á los diplomas y á las reverencias... El estilo de Adam siempre es el mismo. Eso no cambia en él. Su buril exquisito no deja nunca de hermosear el detalle. Es un estilo muy poco parisién y escaso de locura. No es ágil, porque es meticoloso. No es musical, pero es en cambio vigoroso, cálido, se-

guro. Para cada objeto, acción ó causa posee una palabra bien medida, exacta. Además para cada dolor encuentra una tristeza. Para cada ridiculez, una ironía. Para cada vulgaridad, un puntapié... Eso sí. En la obra compleja, paradójal, multiforme, enciclopédica, universal, caótica, mala y buena de Paúl Adam, notaréis un amargo visaje de terrible desprecio para todo lo que sea vulgar, inarmónico, feo... Cuasimodo no le produce pena. Le da asco...

Paúl Adam se hizo conocer del público y de la crítica—como lo han hecho casi todos los escritores de Francia—por medio de un escándalo. En América no se nos permite todavía ese refinamiento de la audacia y del arte... ¿Cómo fué? Así: en 1885 publicó la novela *Chair molle*, con prólogo de Paúl Alexis, y titulada *Novela naturalista*. Aunque era una novela moral, sus atrevimientos produjeron gran ruido. Francisco Sarcey—el oso negro—escribió tres artículos, en los cuales pedía un castigo ejemplar para la pornografía de Paúl Adam. A pesar de la elocuente defensa de madame Albert Danet, el joven escritor fué condenado á quince días de prisión y á mil francos de multa... La gritería fué entonces estupenda. Unos alzaban al novelista, en elogios, hasta el cielo. Otros lo denigraban hasta el lodo... Pero por encima de los alaridos su nombre se levantó. Se abrió camino...

Este prosista lírico hubo de ser militar. Su afición era grande: «*Mon rêve venait toute ma vie á l'uniforme et aux fanfares*», confiesa.

Cuando niño dejaba sus paseos para encerrarse horas enteras en compañía de sus marciales soldados de plomo. Su amistad con Roberto Caze torcióle la vocación. Se hizo escritor. Y fué amigo de Henri de Regnier. Colaboró con Jean Moreas. Y fué

el Benjamín de los salones de Edmundo de Goncourt, á quien adoró siempre.

Hace poco, un escritor de bulevar, M. Pagnier, escribió lo siguiente: «Edmundo de Goncourt habrá sido, si queréis, un brillante novelista, pero las enfermedades de su estómago agriábanle el corazón, que era egoísta y malo.» Paúl Adam, indignado, furibundo, envió sus padrinos á M. Pagnier. Hubo duelo. Heridas. Médicos. Y fotografías... Los periódicos se ocuparon con extensión del suceso. Unos dijeron que se había batido defendiendo el corazón de Goncourt. Otros afirmaron que había sido en defensa del estómago... Lo cierto es que á raíz de este incidente creció la venta de los libros de Adam. Y como era lógico, creció su fama de escritor entre el vulgo. Y creció su fama de hombre hábil entre los escritores de talento. Además lo envidiaron... Porque debéis saber que en Europa la autoréclame de los literatos no está penada por la ley del ridículo. ¿Lamentable? No. Conviene que así sea. Las muchedumbres, para aplaudir á un hombre superior, necesitan que se las domine con actos y con gestos más teatrales que sólidos. Pensando en esto me atreví una noche á preguntarle:

—Se le acusa á usted, maestro, de exceso en la *réclame*. ¿Piensa usted, acaso, que los escritores de talento necesitan de ella?

—Sí. Para poder triunfar creo necesaria la *réclame*. O más: la creo imprescindible... No se pueden conquistar multitudes sin tener, como Napoleón, un poco de ensueño, un poco de fábula, un poco de sagrado misterio... Si yo de algo me arrepiento, es de no tener la audacia suficiente para hacer la *réclame* que mis obras exigen. Cuanto más elevada es una obra literaria, mayor fuerza de *réclame* precisa.

## El anarquista literario Luis Bonafoux

Luis Bonafoux es un escritor original. Como periodista, sus crónicas de París le colocan muy alto. En España disfruta de una fama envidiable. Sus artículos, breves y macizos, agradan, entusiasman ó indignan... La única religión de Bonafoux es el pesimismo. Posee un arsenal de adjetivos dinamiteros para combatir lo que le parece malo, que es todo... Pero en lo que logra sobresalir, con éxito, es en la polémica. Es un polemista atroz. Su sátira, su ironía, su carcajada histérica, acobardan al que se atreve á desafiarlo. Es americano, pues nació en Puerto Rico. De allí tuvo que huir, escapando á las persecuciones políticas. Llegó á España. En los diarios—con Nakens, con Ferrer y con otros hombres de tendencias iguales—combatió al gobierno, á la religión, á la monarquía, al pueblo. Tuvo que fugarse de Madrid. Su vida estaba en peligro... Así, huyendo, llegó á Francia. En París, en Asnières, vive actualmente, refugiado con su familia en una modesta quinta. Allí fabrica sus bombas de dinamita literaria... En París publicó dos periódicos, *La Campaña* y el *Heraldo*, cuyos artículos revolucionarios asustaron á la policía parisién. Se le vigiló, descubriéndosele íntimas

amistades con anarquistas célebres. Uno de ellos era el famoso Enrique Malatesta—desterrado en Londres—que le puso prólogo á su último libro titulado *Bilis*. En él Malatesta dice que si Bonafoux no es anarquista, merece serlo... Y tal vez tenga razón. En toda su obra de polemista se ha dedicado á defender ideas anarquistas. Su residencia de Asnières—en donde lo visité—es un verdadero museo de reliquias revolucionarias. Asusta...

El ingenio de Bonafoux es lo que le conquista mayores simpatías y también enemigos. Una polémica en donde intervenga Bonafoux agrada por lo espontáneo de sus réplicas, siempre originales. Hace poco, alguien le criticó que siendo portorriqueño, insultara á los políticos de España. Protestó. Pero le dijeron:

—Usted nació en Puerto Rico, y por lo tanto, es portorriqueño y no español.

—Según eso—replicó Bonafoux—, si usted hubiera nacido en una caballeriza sería usted caballo...

El contrincante desapareció, corrido...

Irueste se ofendió por unos insultos que Bonafoux publicara en el *Heraldo de París*, y le mandó una carta diciéndole que en donde le encontrara, lo abofetearía. Bonafoux, impasible, le contestó por los periódicos con una carta muy pintoresca en la que advertía al vizconde de Irueste: «Si cuando lo encuentre, se me dirige usted con el menor gesto agresivo, le alojaré una bala «en el sitio donde otros tienen los sesos.»

Y lo más extraño es que un literato como Bonafoux, que no escribe una línea sin maldad y que cuando asesinaron á Cánovas del Castillo, á Carnot, á Humberto I y á otros personajes europeos festejó esos crímenes con sonoras carcajadas—lo

más extraño es, decimos—, que Bonafoux sea en su casa un hombre muy amable y muy bueno. Son anomalías. El mismo día que en su artículo del *Heraldo* pedía que el cólera y la peste bubónica inundaran á España para que se murieran todos los jueces españoles, ese mismo día se puso á llorar como un niño cuando le trajeron la noticia del fallecimiento de un compatriota suyo que se fué á la tumba debiéndole dos francos!...

París, Julio de 1909.

---

## Tres modernos dramaturgos de Francia

Maurice Mæterlinck...

Alfred Capus...

Henry Bataille...

Son tres. Pero no son los primeros. No son los mejores. Ni siquiera son los más populares... Son acaso los menos mal queridos. Son sin duda los tres últimos dramaturgos que, á pesar de ser jóvenes, tienen ya pedestal de maestros... Son tres almas distintas. Tres almas que unidas por el éxito viven en distintas iglesias. Cada cual tiene su púlpito. Desde allí pontifican. ¿Qué dicen? Oigamos lo que dicen:

Pero, no... Esperad. Antes de repetir aquí sus confesiones, es bueno que yo os muestre, en un rasgo, la silueta de estos tres profesores de sapiencia teatral... Es posible que conozcáis muy bien sus biografías. Y también sus retratos... Mas no importa. Los hombres se juzgan entre sí de diversas maneras. Lo que para vosotros puede ser alegre, para alguien puede resultar muy triste. Las siluetas psicológicas de los hombres célebres son siempre diferentes. Por más habilidad que se ponga al hacerlas, á veces un pequeño detalle las varía... Además, yo las dibujo tal como me las sugieren los hombres que analizo. ¿Resultan malas? ¿Resultan buenas? No sé... Pero, buenas ó malas,

bástame saber que ellas son mías... Para trazarlas, recurro á la retina de mis ojos y á mi propia memoria... Podréis encontrar miles de siluetas más sabias y mejores. Y más bellas. Y también más sutiles... Pero nunca las hallaréis iguales... Callemos. (Se levanta el telón.)

Escena:

Una sala. Una estufa. Un florero... La puerta se abre y un hombre aparece. Su aspecto no emociona. Es un caballero cuyo traje no tiene nada que ver con Richepin.

—¿Maurice Mæterlinck?

—*Oui, monsieur...*

Y mientras entre él y yo van y vienen cuatro ó cinco frases muy vulgares, yo examino al poeta singular del silencio, cuya literatura ha llevado á la Francia todas las penumbras melancólicas de Bélgica. Porque debéis saber que este lírico amante de las cosas inertes, no es francés. Su alma, sí. Su alma, siempre de Galia, se ha nutrido en las ubres maternas de París. En ellas bebió la dulzura de los refinamientos... Pero nació en Gante. Hermosa ciudad belga... El mismo me lo dice, con orgullo:

—*St. Soy de Gante. También allí nació Carlos V.*

Y en verdad os digo que Mæterlinck no se parece en nada á Carlos V. Con sus ojos tristes, casi muertos, no le veréis nunca hacer un gesto airado. Camina lentamente. Meditabundo. Es un pasivo. Diríase un buen burgués, repleto de sentido común. Un buen señor inflado de paciencia. Un silencioso caballero enfermo de la médula. Sin embargo, nadie es más nervioso interiormente que el autor de *La intrusa*. Sus nervios no están entre sus carnes. Los tiene en el cerebro... De ahí que su prosa, lenta y pacífica como un organismo material, encierre

un espíritu hambriento de sensaciones nuevas. De sensaciones graves de histerismo... En los períodos breves de su prosa incolora, repetida y confusa, se percibe el vuelo alucinante de las ideas más sangrientas, más trágicas, más locas y más negras. Bajo sus cuarenta y seis años de edad, oculta una robusta juventud de pájaro. Nació en 1862... No es, por lo tanto, un hombre joven. Y sin ser tampoco un hombre viejo, su obra literaria goza de ambos prestigios... Dentro de sus viejas letanías—que nunca se sabe si es que están en prosa ó si es que están en verso—, una poesía exquisita corre con silencios macabros por la columna vertebral de sus dramas...

Oíd ahora lo que me ha dicho Mæterlinck:

—¿En América, se conocen mis obras?... Naturalmente, no. Son irrepresentables. Es difícil encontrar artistas de una sensibilidad tan refinada que puedan comprender ciertas sutilezas de mi modo de ser, de pensar, de sentir... Yo sé que se me acusa de ser un artista frío, sin entusiasmo pasional, sin amores, sin odios... Creo que se equivocan. En mis dramas, que valen mucho más del precio que me cuestan, derramo toda mi vida. Vuelco toda mi alma. Echo rabiosamente todo mi corazón... Si mi estilo literario carece de las sonoridades bombásticas que ahora se le están robando á Victor Hugo, no por eso las ideas que expongo dejan de ser creencias de rebelión y de combate, de pasión y de crimen...

Basta. ¿Os place? Ya veis. Mæterlinck, con sus palabras, dice verdades que ya bien conocéis. Cada drama suyo es una tragedia. Carecen, eso sí, de sangre. No hay en ellos brillos de puñal. Ni fogaños de revólver. Ni gritos. Ni alaridos... E silencio. Nada más que el silencio. ¡Siempre el si-

lencio augusto que cubre á sus personajes! Personajes que caminan mudos. Con la punta de los pies. Como sonámbulos... ¿Habéis visto *La Intrusa*? Es espantosa. Esa familia que rodea al ciego viejecito; ese silencio escalofriante que cierra las bocas con una mano helada; el grito del anciano: «¿Quién viene? Aquí está...», y todo el conjunto de aquel hogar que espera el advenimiento de la Muerte, horroriza... Y la Muerte, sin personificarse, sin siquiera ser un esqueleto, sin siquiera ser una sombra, se presenta en escena. Nadie la ve. Pero se adivina que está allí. Mas el poeta, con la magia interna de sus cuatro palabras, pone ante nuestros ojos mentales la visión de la Muerte... Este es el mayor encanto de Mæterlinck. Con su arte ha logrado hacernos ver la Muerte en la única forma que ella debe tener: la invisible. *Ver la Muerte sin verla*, ¿no es un triunfo?... Y no es sólo en *La Intrusa*. También en *Peleas y Melisande* aparece, invisible, la Muerte... Lo mismo en la *Princesa Maleine*. Y en el *Interior*. Y en *Los ciegos*...

Y Mæterlinck agrega á mis reflexiones:

—Naturalmente... En América, como en Francia, no pueden existir muchos artistas capaces de dar á cada palabra el valor de su mérito. Lo principal en mis dramas es la entonación, la pronunciación, el tartamudeo de las frases... Para esto se necesita saberlas decir con talento ó ser su mismo autor... Mi esposa y yo representamos mis pobres dramas grises. Y cada vez obtenemos más éxito. Es claro. Los comprendemos. Los sentimos. Y con un gesto, con una caída de brazos, trazamos en el aire los puntos suspensivos de cualquiera emoción terrible y silenciosa...

\*  
\*  
\*

Ahora, mal ó bien, ya os he repetido el modo de pensar de este joyero de emociones simbólicas. Mal ó bien... Sí. Después de este químico de melancolías subcutáneas, ved aparecer, en el mismo escenario, á un hombre muy distinto. La noche y la mañana. Vedlo. Se llama Alfred Capus... Es ingeniero. (Observación: ¿por qué en Francia los ingenieros suelen ser escritores? Hay muchos: Maurice Donnay, Marcel Prévost, François de Curel... Y otros.)

Capus es un ironista. Pero no á la manera de Rabelais. No á la manera de... Es ironista á la manera de sí mismo. Tal es su mayor mérito. Ha vivido mucho. Ha hecho vida de bohemio en el Barrio Latino. Dejémosle contar. ¿No es más hermoso que él mismo nos relate sus doradas miserias?

«Soy un optimista. Siempre lo he sido. Y he de morir siendo lo que ahora soy... Cuando en mis primeros años sufría hambres de parisién, me reía de la vida como ahora me río... Cuando el pan faltaba en mis bolsillos, mi boca se conformaba con un beso amoroso de mujer divertida... ¿Qué más?»

La vida literaria de Capus—diceme Edouard Qutet—se puede dividir en tres fases. Todas distintas. Fué, primero, periodista. Luego hizo malas novelas. Y más tarde transformóse en un excelente autor dramático. Su evolución ha sido tardía. Pero ha sido rápida... La iniciación en las letras data de 1882. Oídlo:

«Oiga usted cómo me inicié en las letras. Yo no abrigaba entonces la intención de llegar á ser un escritor. Mas no se nace impunemente en la Provençe. ¡La imaginación, el sol y la uva!... Cuando llegué á París visité á un amigo repórter en el periódico *Le Clairon*. Después frecuenté la redacción por amistad. El 19 de Abril de 1882 ha-

llábame yo allí, cuando llegó la noticia de la muerte de Darwin. En la redacción nadie se animaba á escribir sobre el famoso filósofo inglés. El encargado de la necrología estaba enfermo. El director rugía. Gritaba: «¡Brutos! Sois unas bestias. No sabéis escribir... ¡Y es imprescindible publicar un artículo! Mi diario tiene que salir mañana con un suelto sobre ese animal de Darwin...» Nadie se arriesgaba á hacerlo. Era un trabajo difícil. De responsabilidad. De erudición... Ninguno de aquellos muchachos había leído nunca nada de Darwin... Desesperado el director al verme allí de visita, y sin conocerme, me gritó, furibundo:

«—¿Y usted? ¿Qué hace usted aquí? ¿No es usted capaz de escribir un artículo sobre Darwin?»

«Yo, debido á mi espíritu meridional y aventurero, nunca digo que no. Por eso le dije al director que sí. Me dieron papel. Me dieron plumas. Me dieron tinta... Estaban todos locos de contentos. Y escribí un artículo. Cité mucho á Darwin, á Juan, á Pedro y á Diego... Hablé de un Darwin fantástico. Le inventé gustos gastronómicos. Le inventé vicios. Y sobre todo, le inventé muchas virtudes... Apareció el artículo. Lo firmé con un seudónimo *Canalis*... Apareció. Fué un triunfo. Llovieron felicitaciones... Y me inicié...»

Esta confesión de Capus es la mejor biografía del dramaturgo y del hombre. Podéis ver sus dos mejores obras: *Mariage bourgeois*. Admirable... *Le mari malgré lui*. De veridosa ironía... (Nota: Capus, por sus costumbres, es un parisién. No conoce nada de lo que existe fuera de París. «¿La República Argentina?» No sabe en qué sitio del mapa podrá hallarla... Leed lo que dice en un autógrafo: «*Mes plus vifs compliments á la «République Argentine» et mon salut confraternel.*—Alfred Capus.»

Piensa Capus que la República Argentina es un periódico y no un país. Por eso le envía su cordial saludo de colega.)

\*  
\*  
\*

Y aquí tenéis al más joven de los autores dramáticos franceses. Es Henry Bataille. Muy joven... Veintiocho años. Ama lo enfermo artístico. Su musa pudiera ser una hada luminosa llena de pústulas y llena de gangrenas... Sus primeras piezas teatrales fueron una sorpresa para los exquisitos. *La leprosa* y *Ton Lang* son escenas trágicas con mucho de hospital y mucho de cementerio... Cada heroína de Bataille es una joven bella. Bella, sí. Pero bajo su belleza circula una sangre purulenta y un mal hereditario que le come los huesos.

Con lágrimas terminan todos sus dramas. Dramas en donde el amor lucha con la cirugía. Dramas en donde los lechos nupciales se transforman en féretros... Las obras de Bataille no son sinceras. Son obras de un artista de talento que combina las pasiones de sus héroes con un tacto de químico sapiente. Su escuela carece de adictos... Se le aplaude. Pero nadie le envidia. Nadie le imita. (Y desconfiad, enemigos míos, de aquellos escritores a quienes nadie imita.)

Paris, Mayo 1909.

---

## Willette

---

### Un dibujante célebre

—En América me ignoran. Allá no pueden gustar mis producciones...—declame Willette con suave sonrisa de pastor inglés.

—¿Ignora usted, maestro, que Paris es la única región de la luna donde un hombre al hacerse célebre llena con su gloria todos los planetas?—le repliqué. Y en verdad, ocurre así. Willette es de Montmartre. Su vida no ha tenido otro escenario que el barrio del Moulin Rouge. Su arte es de allí. Sus Pierrots y sus Colombinas son las mismas Colombinas y los mismos Pierrots que se ven de noche por los bulevares exteriores maullando bajo la luna cantos de amor, de jolgorio, de lágrimas... Sus cuadros y sus dibujos no han llegado más que al Hotel de Ville. La mayoría de sus obras adornan los muros de los líricos cafés de Montmartre. Empezando por el Chat Noir para concluir en el Bal-Tabarin, todas las tabernas exóticas de la colina alumbran sus paredes con muñequitas tentadoras y traviesas que persiguen a un Pierrot blanco ó que son robadas por un Pierrot de traje negro. Al pie está siempre la firma de Willette. Su prestigio de pintor ha nacido en Montmartre. Además, Wi-

llette no ha buscado más gloria que la de Montmartre. Pero como Montmartre está en París, el nombre del artista de los payasos dolorosos y de las Colombinas picarescas corre por todo el mundo. Willette es célebre. Sólo que para que su vida tuviera la misma tristeza jovial de sus dibujos, ha sido necesario que la celebridad le llegue cuando apenas trabaja. Cuando ya sus cabellos están enharinados de vejez. Cuando ya su corazón está blanco de nieve...

\* \* \*

Al penetrar en casa de Willette, lo primero que veis—antes que á la sirvienta—es un letrero impreso: «Ruego á mis amigos que si no estoy en casa, vayan al café de la esquina, donde mediante una taza de café, tendrán papel y plumas. Allí podrán escribirme y favorecer á un comerciante de Montmartre.—WILLETTE.»

Atravesáis el corredor. Luego una sala. En las paredes hay autógrafos. Al pasar observáis que por allí desfilaron las celebridades más grandes que han reinado en París desde hace cincuenta años. La firma enorme hecha como á pincel de Víctor Hugo. Las patitas de mosca de Mallarmé. Los elegantes giros oblicuos de Jules Laforgue. La batalla de pequeños rasgos de Verlaine. Y todos los demás... Es un museo.

Al fondo, bajando algunos escalones, está el estudio. Es amplio. Lleno de luz. Sobre los sillones, en el suelo, sobre las mesas, en los rincones, por todas partes veis muñecas vestidas y desnudas... ¿Hay acaso en el taller alguna niña? No... Pero ahí viene Willette.

\* \* \*

—¡Willette!

En su gruesa camiseta de ciclista parece un pescador. Su rostro afeitado le da un aspecto tan extraño, que en vez de pescador parece un sacerdote protestante. Al revés de lo que se creyera por su aspecto, su voz es de un dulce timbre de cristal. No dice una palabra sin antes subrayarla con una sonrisa que le pliega la boca en un amargo dejo de ironía...

«Escarbando en la vida de este hombre—me pregunto al ver cómo sus labios melancólicos rien—, ¿no habrá tal vez algún Pierrot llorando á Colombine?...»

\* \* \*

He aquí la historia de Willette. Su padre era un glorioso coronel francés. Cuando el hijo comenzó á vivir, el viejo y valiente coronel le dijo: —Adolfo, elige la profesión que más prefieras.

Willette estaba enamorado. Había dibujado en cincuenta mil formas la cara de la novia. Como la cara de su novia era hermosa, los dibujos le parecieron bellos...

—Papá, quiero ser pintor...

Comenzó á pintar. Sus profesores le auguraron grandes triunfos como retratista. Ingresó en el estudio de Cabanel. Sus parientes soñaban para él con el «premio de Roma». Con la «medalla». Con «el Instituto...» Pero las ilusiones paternas fracasaron. El joven Willette era un indisciplinado. Era un rebelde... Despreciaba las lecciones de Cabanel. No asistía á los cursos. Abandonaba la escuela. Hacía vida nómada en el Barrio Latino. Fundó la sociedad de los Hydropathes, que luego tuvo que abandonar por el Círculo de los Hirsu-

tos. Después atravesó el Sena. Llegó á Montmartre... Y...

—En Montmartre sentí que yo nacía por primera vez á la vida...—dice.

Por aquella época, el gentilhomme Salis fundó una revista con el mismo nombre de su cabaret *Chat Noir*. Allí colaboraba Willette junto á Emilio Goudeau, á Feliciano Champsaur, á Charles Cros... De allí Willette pasó al *Courrier Française*, pues riñó con Salis. Al fin consiguió fundar una revista consagrada á sus obras. Organizó la primera de sus célebres cabalgatas montmartrenses, vistiendo de Pierrots y de Colombinas á todos los muchachos alegres y á todas las chicas desnudas y lindas de Montmartre. Aquel carnaval artístico resultó un gran éxito. El gobierno ofrecióle la Legión de Honor... Entretanto, los gastos que había originado aquella *cavalcade* consumieron los fondos del periódico. Willette quebró, y como á los fallidos no les alcanza la Legión de Honor, el gobierno no pudo premiar sus grandes méritos. No acabó en tan amarga desilusión la miseria del artista bohemio. Gran artista que tiene en sus pinceles la gracia de Watteau, la melancolía de Verlaine y la inquieta alegría de Pierrot.. No acabó, os repito, tan horrible miseria, porque poco después Willette fué acusado ante un juez de instrucción por la «inmoralidad de sus dibujos»... Desconsolado, confió sus secretos á los mismos personajes que pintaba. De sus dolores—ó con sus dolores—creó un nuevo personaje parisién: inventó su Pierrot negro y su Pierrot blanco. El Pierrot de Willette. Primero infiltró á su títere el amor, la alegría, el dolor, el desprecio, las angustias, la vida en fin. Luego le hizo hablar con palabras modernas y le sugirió ideas del siglo XIX. Resucitó al viejo Pierrot blanco de

la leyenda italiana é hizo de él un Pierrot refinado, culto, irónico, triste, capaz de ofrecer á su amada un rayo de luna en cambio de beso, ó un suicidio en cambio de una ilusión. Luego lo llevó al sastre. Le quitó su blanca blusa y sus calzones blancos y le puso un luctuoso traje de frac y una galera rígida de felpa. Para completar á su *dandy* moderno, le puso en la cabeza muy escaso cerebro. Apenas lo suficiente para elevarle al nivel de los pájaros... Le dió también un alma. Pero por error ó por estética, Willette le dió á Pierrot su alma verdadera; toda su alma; su alma de Pierrot...

\* \* \*

Willette viene enamorado de Montmartre. Se le ha metido en la sangre. Le circula por las venas. Le corre por los huesos...

—Paris es la mitad del mundo—exclama—. Pero Montmartre es la otra mitad... Montmartre es triste y Montmartre es alegre. Es alegre ó es triste según nuestro deseo. ¡Y los Molinos! El Moulin Rouge, ¡tan rojo! También el Moulin de la Gallette, antes de ser luminoso, fué como el Rouge, rojo... Lo fué cuando sobre una de sus alas los austriacos fusilaron á Debray... Montmartre es el último refugio del paganismo artístico de Paris. Vivir en las alturas de Montmartre nos permite mirar las lejanías. ¡Ver lejos! Ver lejos es como soñar... La originalidad de Montmartre reside especialmente en haber servido de asilo á todos los poetas, á todos los artistas, á todos los soñadores que huyen de la gente seria... Por desgracia, esa «gente seria», que primero despreciaba nuestra inconsciente alegría, saca provecho ahora de nosotros. Con casas nuevas y con mansiones regias están espantando á los

poetas de los séptimos pisos y á los pajaritos del tejado...

\* \*

No es extraño que Willete, á pesar de su fama, y no obstante el éxito pecuniario de sus dibujos, se resista á dejar su taller de Montmartre. Allí nació su nombre. Allí tiene su olimpo... Si lo deportaran, moriría... Sin conocer á Montmartre no es posible saborear el fondo filosófico de los dibujos ingenuos del padre de Pierrot. Con justicia debo hacer notar que las últimas obras de Willette valen por lo que fueron sus primeros dibujos. No es que haya perdido habilidad. Ahora está en lo mejor de su maestría. Pero como ocurre con los buenos pintores y con los que no son malos dibujantes, á fuerza de prodigarse y á fuerza de extraer de sí todo su obra, Willette ha llegado á vulgarizar su «yo» de tal manera, que su originalidad se cristaliza. Y esto no es un defecto. Vale más dormir sobre laureles ganados con nuestro propio mérito que ostentar cada día una nueva corona de laureles ajenos...

\* \*

Debajo, y por encima de sus sesenta años de soledad bohemia, Willette conserva una devoción sagrada hacia la belleza femenina. Es preciso ver la pasión llena de rosas con que traza los contornos ondulantes y las diabólicas encrucijadas y los mimos febriles de las chicas de Montmartre... El me pregunta si las he visto. Yo le cuento á Willette la admiración con que sigo á través de sus álbums la estela que dejan al pasar sus rubias Colombinas... Entonces me interroga:

—¿Conoce usted mi *Eva*, una de mis telas más queridas, que está en el Bal-Tabarin?

Deslie al decir esto un entusiasmo tan infantil, que me conmueve. Y cuando le afirmo que todos los americanos que vienen á París la conocen, pues la han visto en el muro de la célebre sala de baile, sus pupilas quemán todos los fuegos artificiales del 14 de Julio...

—Sí; la he visto... *Eva* saltando como una colegiala en su cordel, que es la culebra bíblica...

—Hace poco quisieron exponerla en el Grand Palais. El propietario del Bal Tabarin consintió en que la sacaran de su casa á condición de que en su puesto se colocara alguna tela mía. Yo pinté entonces un ángel armado que en la puerta del cielo esperaba el regreso de *Eva*...

\* \*

Con una modestia que por su sinceridad toma las proporciones del orgullo leonino, Willette se estremece de hipórbolos al hablar de sus obras. Las pupilas del maestro, cuyas miradas convergen como si ambos ojos fueran bizcos, tienen una claridad que jamás encontré en los ojos célebres que he visto. Cuando Willette conversa sobre un tema cualquiera, sus ojos alumbran lo que sus labios dicen...

\* \*

Willette no usa modelos vivientes. Para sus cuadros y para sus dibujos, emplea las impresiones que recoge con su retina en el teatro, en la calle, en el café. Luego, en su estudio, para copiar las actitudes, se vale de muñecas de palo. Toda su

casa está llena de muñequitas. Cuando alguien se extraña de que prefiera modelos de palo á mujeres vivientes, responde con amargura:

—Para pintar mi Colombina parisién, me basta retratar á su digna hermana la Muñeca...

París, Febrero 20 de 1910.

## El autor de "Claudina,,"

---

### El nuevo Paúl de Kock

En París las cosas, los hechos y los gustos mudan sólo de aspecto. Pero en el fondo ocurre ahora lo mismo que ocurría hace tiempo... Y es lógico. Una modistilla parisién conserva bajo el corpiño, fragante de violetas, un corazón travieso, siempre igual y siempre revoltoso... Un cochero del tiempo de Victor Hugo gozaba los mismos placeres que ahora goza un simple cochero del tiempo de Clemenceau... Y los mismos lectores que tenía ayer el sátiro humorista Paúl de Kock, abundan hoy en París como abundaban antes. Sólo que ya Paúl de Kock no los encanta con sus aventuras picarescas, llenas de pantorrillas y erizadas de complicaciones intrigantes... No quiere decir esto que los tales lectores hayan cambiado de gusto y de placeres. Han cambiado de fecha... Se han mudado de siglo. Y como Paúl de Kock no es de este siglo, ha venido un nuevo novelista á reemplazarlo... Tal vez sea más inteligente. Quizá sea algo más refinado. Pero lo que sí es verdad, su literatura deja un sabor más exquisito, más salado y algo menos picante... Ese nuevo novelista es *Willy*. Su fama, nacida en el bulevar, ha pasado ya las fronteras. Su admira-

ble creación de *Claudina*—complicado estudio de mujer—, mujer con cuerpo de muñeca y con alma de gata, es una colección de libros escritos al correr de la pluma, con una ligereza de mariposa en primavera, pero con un buen gusto que complica el mérito literario de Willy.

El verdadero nombre de Willy es Henry Gauthier Villars. Nació en Villiers-sur-Orge (Seine-et-Oise) en 1859. Desde muy joven se hizo notar por una audacia loca, que destruía todos los obstáculos que le surgían al paso. Siempre con un estilo fluido, brillante, atrevido, cortante, ligero y sobre todo sugestivo y sensual, comenzó escribiendo crónicas, en donde el público grueso de París—mucho más delicado que el público grueso de otras grandes ciudades—encontraba delicias apropiadas á su paladar.

El calembour—que Willy maneja con gracia de griseta—tuvo en el creador de las Claudinas un fecundo maestro... Escribió novelas. Novelas de trama sencilla. Picarescas. Hirientes. Irónicas... Desde un principio obtuvieron el aplauso de las mesas del café y de las intimidades del colegio de señoritas...

Willy ha sido crítico de música. Sus juicios, emitidos á veces en periódicos serios, podían competir con aquellos que Mark Twain puso en boca del director de cierto periódico de agricultura.

El humorismo de Willy presenta algún parecido con el del citado escritor yanqui, aunque, naturalmente, son distintos. El primero es revoltoso, saltarín, chillón, voluptuoso, picaresco... En cambio, Mark Twain es, dentro de sus pirueteos de payaso, un correcto caballero inglés, muy poco artista—como buen norteamericano—y muy honesto—como que escribe para severas *misses*...

Willy sabe, por el contrario, que su público es aquella falange de gente que conoce el gusto de los manjares raros, fuertes y estrambóticos... Ese público especial que existe en todas partes. El público sentimental y pervertido, que ve con alegría una lágrima y una mueca lasciva entre dos carcajadas inocentes... Las travesuras de Willy son la comidilla de la gente alegre de París. Ha hecho algunas, que después de muchos años siguen siendo célebres.

Sus mistificaciones literarias concluyeron por hacerlo popular. Una vez en la *Nouvelle Revue* publicó algunos versos escritos por él, haciéndolos pasar como trozos de un discurso académico de M. Rostand. Estaba tan bien tramada la mistificación, que el crítico M. Claretie cayó en la trampa. Al día siguiente, en *Le Figaro*, escribió un magnífico artículo, elogiando á M. Rostand por su trabajo. M. Rostand protestó, rehusando, con pena, la paternidad de ese discurso en verso, y entonces se supo que el único autor era Willy. Fué un triunfo.

La peculiaridad más interesante del talento de Willy escriba precisamente en las hábiles picardías que posee para imitar el estilo de cualquier escritor. Ha escrito versos á la manera de Verlaine, que son finas joyas. Lo mismo de Hugo...

Casado con Colette-Willy, su matrimonio dióle también motivo, muchas veces, para ocupar la atención del público de los bulevares.

Colette, que también escribe, ha sido el tipo de mujer que Willy tomó para crear su *Claudina*. Es el tipo perfecto de la parisién traviesa y alocada, con alma borracha de champagne y con ojos febriles, que cuando no puede salir por una puerta, sale por la ventana y que cuando no puede dar un beso, se suicida... Tal es.